



No México existe una diversidad de tentativas de educación superior para, desde e com os povos indígenas: o sistema de universidades interculturais impulsionado e gerido diretamente pelo Estado; as universidades impulsionadas desde iniciativas da sociedade civil; as que partem das representações de povos indígenas e as universidades indígenas incentivadas por agrupaciones religiosas. Nesse espaço aparecem dois enfoques ou perspectivas da interculturalidade em disputa: a ideia de uma interculturalidade normativa, prescritiva, baseada na igualdade abstrata que parte da boa vontade; e a ideia de uma interculturalidade que deve surgir do reconhecimento das relações desvantajosas nas quais historicamente se tem produzido as relações culturais.

El giro intercultural: tarea pendiente en las universidades interculturales

**Benjamín Berlanga
Gallardo**

Universidad Campesina Indígena
en Red UCI-RED, Puebla • México



Foto arquivo do autor



En México existe un sistema de Universidades Interculturales impulsado como parte de la política pública hacia las comunidades indígenas, que aunque surge en el marco de la emergencia de las luchas indígenas en la década de 1990, no es directamente una conquista de los pueblos indígenas, sino el reconocimiento unilateral de un derecho que es “otorgado” por el Estado y gestionado por él. Más aún, cuando organizaciones indígenas y representaciones de los pueblos intentaron fundar su Universidad en el marco de ese naciente sistema de universidades interculturales, el proyecto no tomó forma porque le disputaba al Estado el control del proyecto. En el mismo período, y a la par del sistema de universidades interculturales impulsado por el Estado –que hoy cuenta con una matrícula más bien modesta y con un esquema de planes de estudio más o menos compartido–, surgen y se desarrollan iniciativas desde las mismas organizaciones indígenas y campesinas y desde organizaciones de la sociedad civil. Esas iniciativas se mueven en

los márgenes del sistema educativo, aunque reivindicar, en los más de los casos, el derecho a que los estudios que ofrecen sean reconocidos y validados por el Estado: el CESDER y la UCI-RED en Puebla; la UNISUR en Guerrero; UNITIERRA en Oaxaca y Chiapas (que se colocan explícita e intencionadamente al margen de cualquier reconocimiento por parte del Estado); la Universidad Ayuuk en Oaxaca; la UNICAM en Zacatecas, Morelos, Michoacán, etc.

Hoy tenemos una diversidad de intentos de educación superior para, desde y con los pueblos indígenas: el sistema de universidades interculturales impulsado y gestionado directamente por la federación y los gobiernos estatales; las universidades impulsadas desde iniciativas de la sociedad civil; las que impulsan las representaciones de pueblos indígenas; las universidades indígenas impulsadas por agrupaciones religiosas (la Ayuuk en Oaxaca, gestionada por los jesuitas y la formación a nivel superior dirigida a docentes de comunidades indíge-

En México existe un sistema de Universidades Interculturales impulsado como parte de la política pública hacia las comunidades indígenas, que aunque surge en el marco de la emergencia de las luchas indígenas en la década de 1990, no es directamente una conquista de los pueblos indígenas, sino el reconocimiento unilateral de un derecho que es “otorgado” por el Estado y gestionado por él.

nas, impulsada por los maristas). Hay pues un campo o espacio de discursos y de prácticas de educación superior intercultural (o que tienen esa pretensión) configurado y referido a una realidad compleja y contradictoria. Esa realidad se encuentra marcada por profundos procesos de desarticulación de las culturales locales, de los modos de vida campesinos e indígenas, de los modos de producción social y cultural de las vidas indígenas como vidas que socialmente no merecen la pena ser vividas. Se encuentra marcada también por la emergencia de procesos de resistencia localizados que abordan el espacio educativo y reivindican una educación propia.

Esta diversidad de intentos en condiciones desventajosas se enfrenta a las formas particulares del desarrollo del sistema de educación superior en el país: un crecimiento explosivo y desordenado de ofertas educativas de la universidad pública que llega a las zonas rurales e indígenas, y una “proliferación” –palabra más

o menos ajustada a la realidad– de universidades particulares de dudosa calidad que funcionan “en fines de semana”, con una oferta de programas de estudio en número y diversidad que resultan atractivas a los y las jóvenes y a sus padres, porque se acomodan al esfuerzo de superar la condición de negación social como vida que merece la pena ser vivida. Se enfrentan, además, a la imposición de un modelo de privatización en las universidades que está haciendo que progresivamente pasen de ser universidades públicas a ser universidades para el público, tanto en su oferta educativa como en la racionalidad organizativa, de producción de conocimientos y de vinculación. Esto afecta de manera directa a cualquier proyecto de universidad intercultural que quiera replantearse desde lo propio, desde los modos locales de conocimientos, de participación y de vinculación con los pueblos indígenas. Se enfrentan, finalmente, a una doble condición en los procesos identitarios de los y las jóvenes indígenas, la cual obliga a que se haga un



Foto archivo do autor

replanteo sobre el sentido de la educación que se ofrece y sobre los contenidos de la interculturalidad que se propone: la construcción compleja de la identidad de los jóvenes indígenas –marcada por una huida económica y socialmente forzada de las comunidades indígenas hacia las zonas urbanas para buscar su sobrevivencia– al mismo tiempo que los esfuerzos emergentes por actualizar lo propio, en un afán de no perder los referentes de vida familiares y locales ni tampoco la memoria histórica

En este espacio o campo discursivo y de prácticas aparecen dos enfoques o perspectivas de la interculturalidad en disputa: la idea de una interculturalidad normativa, prescriptiva, basada en la igualdad abstracta que parte de la buena voluntad, y la idea de una interculturalidad que debe surgir desde el reconocimiento de las relaciones desventajosas en las que históricamente se han producido las relaciones culturales. Esta segunda idea apunta a un proyecto político cultural de lucha para revertir la relación desventajosa que está presente en todos los órdenes de la vida cotidiana. Construir una interculturalidad simétrica en la relación con el otro, en el yo-tú de la relación; una interculturalidad en la que socialmente todas las vidas cuenten y sean vidas sociales importantes; una interculturalidad que dé lugar a una socialidad basada en el reconocimiento de pertenencia a una comunidad política que sea comunidad de la pluralidad de formas de

vida; no se resume a ser un tema de buena voluntad y de disposición normativa. Contrariamente, es un proyecto necesario de lucha y de resistencia en el marco de procesos sociales y culturales, por no decir económicos y políticos, que justamente van en sentido contrario.

Es necesario reconocer que esta tensión entre modos o enfoques de la interculturalidad se da “a lo largo y a lo ancho del campo de discursos y prácticas”, es decir, tanto en las universidades interculturales impulsadas por el Estado –en donde se da la configuración de espacios de resistencia desde los docentes en vinculación con los alumnos o con las organizaciones locales–, como en las iniciativas de los pueblos indígenas y las de la sociedad civil, marcadas también por el peso de los modelos de conocimiento, de educación y por las pedagogías dominantes –por más alternativos que resulten en su configuración. Es una realidad en la que se están dando procesos de reconsideración y de replanteamiento que pretenden profundizar la apuesta por la interculturalidad y en la que cada vez más es posible encontrar “vasos comunicantes” entre las experiencias educativas, al margen de su origen y del marco institucional en el que se muevan.

A este proceso podemos llamarlo GIRO INTERCULTURAL compartido, estructurado en torno a tres grandes desplazamientos que implican un





Foto arquivo do autor

movimiento hacia ese otro lado que es diferente al lugar en donde están los discursos y las prácticas: a) **un desplazamiento epistémico** que está cuestionando los modos de organización y de transmisión del conocimiento y que se da en los planes de estudio, en los proyectos de formación, en los modos de pensar la producción de conocimientos, en el proceso de descolonización de saberes hegemónicos; b) **un desplazamiento político** que está llevando a académicos y alumnos de las universidades interculturales, impulsadas por el Estado, a preguntarse sobre su vinculación con el pueblo indígena, hasta hoy casi inexistente o meramente protocolaria –los “representantes” de los pueblos indígenas son llamados para las ceremonias y eventos públicos de la universidad. Lleva, además, a que las iniciativas sociales se cuestionen por sus modos de vinculación con los pueblos, en el contexto de una profunda crisis social y cultural en la que los jóvenes y sus padres han asumido que son “vidas que socialmente no merecen la pena ser vividas”: ¿qué hacer?; y, c) **un desplazamiento ético-pedagógico** que se está buscando en la relación educativa, en la relación intercultural intersubjetiva. Esta es una preocupación de muchos de los docentes y de los alumnos, que más allá de la universidad en la que se encuentran –sea del

Esta es una preocupación de muchos de los docentes y de los alumnos, que más allá de la universidad –sea del Estado, de los pueblos indígenas o de la sociedad civil– se preguntan cotidianamente si la interculturalidad que promueven en la formación, se realiza cotidianamente en la relación educativa.

Estado, de los pueblos indígenas o de la sociedad civil– se preguntan cotidianamente si la interculturalidad que promueven en la formación, se realiza cotidianamente en la relación educativa. Se trata, en la práctica, de una aproximación al cuestionamiento sobre qué significa hacer interculturalidad, al menos en dos planos: como relación intersubjetiva (yo-tú) y como producción de una realidad social, tal como B. Waldenfels propone.

En este marco, creo que es necesario que adoptemos una postura. Y creo que es válida una posición

radical que ya va asomándose en diferentes prácticas de resistencia. Una posición radical a la que hay que irle encontrando los modos y tiempos en un proceso dinámico de producción de posibilidades. En la educación es posible subvertir el orden existente que define políticas de igualdad para los y las indígenas desde la “inclusión–desarrollo–derechos”. Esto se logra si conseguimos que la educación, en tanto bien necesario y “merecible” de la persona –porque es lo que asegura la transmisión de humanidad–, se constituya en proyecto que busque dar visibilidad a los “sujetos destituidos” y reivindicar sus vidas, las cuales han sido socialmente signadas como vidas que no merecen la pena ser vividas. Desde este lugar, que es



el de la reivindicación de las vidas negadas, hay una recuperación de posibilidades emancipatorias de lo educativo. En las apuestas educativas que se intentan desde esta perspectiva, se trata de ver la educación como un bien merecido por todas las personas, oponiendo a la igualación promovida por la inclusión social una igualdad que nace de la celebración de la diferencia. Es esta la que permite constituirnos como comunidad política sin destituir formas-de-vida; la que permite también oponer al programa de producción social de la ignorancia que iguala las diferencias, una educación desde la experiencia para aprender a producir saberes para la vida, para hacer más vida. Y al oponerse a la producción social de la indiferencia, se vuelve una educación que se constituye todos los días en el acto educativo como “esfera de lo público”, como lugar en donde personas normales y comunes nos reunimos para querer saber lo que pasa y para decidir hacer cosas desde nuestra conversación sobre eso que (me/nos) pasa.

Se trata de intentar una educación en la que la igualdad no reside en el acceso al bien o en llegar al mismo nivel educativo del otro o de los otros, sino

en la “celebración de la diferencia”. Celebración en el sentido de reconocimiento del otro, de asunción de la vida del otro por parte de todos, pero también en el sentido de grito liberador que es celebración de la propia vida: el ¡aquí estamos! de quienes reivindican sus propios modos de vida. Porque en la medida en que se reconoce a alguien como persona y en la medida en que la forma de vida de esa persona es reivindicada frente al otro, tanto en los contenidos como en los modos de educación, va siendo construida una igualdad entre ambos. Y esto se logra solo con un acto subversivo desde los márgenes. Desde un adentro que es afuera es posible atacar la realidad para abrirle grietas, y desde otro modo de hacer las cosas es posible pensar contra el pensar lo que nos dijeron que había que pensar. ¿Cuál es el reto que a mi modo de ver enfrentamos? El diálogo y la conversación entre las experiencias de educación superior intercultural que buscan producir posibilidades múltiples de relación, de trasvase de ideas, de alimentación y de producción compartida de conocimientos que dan lugar a definiciones, metodologías, flujos, que ratifican a la educación como un bien público por el que vale la pena luchar. (V)



Foto archivo do autor

